

# Creemos...

LA CONFESIÓN DE FE DE LA IGLESIA NUEVA APOSTÓLICA

**MARZO 2020**

**Sesión 1: El Espíritu Santo**

**Sesión 2: La iglesia es...**

**Sesión 3: El más allá**

**GUIÓN**

## Sesión 1 – La Confesión de fe: El Espíritu Santo

¡Bienvenidos! Este mes exploraremos las diversas partes y frases del tercer artículo de fe, que habla sobre el Espíritu Santo. Leamos el artículo completo:

***Yo creo en el Espíritu Santo, en la Iglesia, que es una, santa, universal y apostólica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna.***

El artículo comienza con una confesión de fe en el Espíritu Santo. ¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Trinidad. Él es el Creador del universo, junto con el Padre y el Hijo (Génesis 1:2). Él nos santifica a través del renacimiento de agua y Espíritu (Juan 3:5-6). La Confesión de fe de Nicea-Constantinopla da expresión a la esencia divina del Espíritu Santo: «[Creemos] en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria [...]».

**Creemos que el Espíritu Santo nos llama a la fe en Dios y que nuestra fe es una dádiva de Dios.** Como se afirma en Efesios: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios» (Efesios 2:8). El Espíritu Santo quiere que todos los hombres sean salvos (1 Timoteo 2:4). Él nos llama a la salvación, que podemos aceptar al ejercer nuestro libre albedrío para creer. Pero también somos llamados a contribuir a la salvación de los demás al compartir nuestra creencia en Jesucristo con quienes nos rodean. «Porque somos hechura Suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:10). Este versículo habla de los dones espirituales que el Espíritu Santo despierta en nosotros, para cumplir los propósitos para los cuales Dios nos ha creado y para contribuir al cuerpo de Cristo.

A primera vista, el tercer artículo puede parecer un conjunto aleatorio de frases. Sin embargo, todas estas frases se conectan al revelar las maneras en que el Espíritu Santo *nos* hace santos. En los primeros tres puntos, vemos cómo el Espíritu Santo está activo actualmente: Su actividad a lo largo de la Iglesia, la comunidad de los santos, y en el perdón de los pecados. Creemos que estos tres primeros elementos están disponibles para nosotros a través de nuestro bautismo, al volvernos parte del cuerpo de Cristo y profesar nuestra fe. Los últimos dos elementos, la resurrección de los muertos y la vida eterna, son lo que podemos esperar en el futuro. Así es cómo el Espíritu Santo nos lleva a una relación con Dios, el Padre y Dios, el Hijo.

El Espíritu Santo nos llama a **la Iglesia**, que no fue creada por humanos, sino que es una institución divina. La actividad del Espíritu Santo en la Iglesia es evidente a través de su conservación y evolución a lo largo de la historia. Es la asamblea de quienes son bautizados, siguen a Cristo y lo profesan como su Señor. El propósito de la Iglesia es hacer que la salvación sea accesible para los humanos al predicar la palabra de Dios (Romanos 10:14-17), al dispensar los sacramentos y al ofrecer adoración y alabanza a Dios.

A través de nuestro bautismo, somos introducidos a la **comunidad de los santos**, que está compuesta por todos aquellos que son parte de la Iglesia de Cristo. El vocablo griego traducido como *santo* también significa *consagrado*. La idea de que la Iglesia sería un grupo de personas llamadas a la santidad ya estaba firmemente establecida en el Antiguo Testamento: «Porque Yo soy el Señor vuestro Dios. Por tanto, consagraos y sed santos, porque Yo soy santo» (Levítico 11:44). Ser parte de la comunidad de santos es un llamado a la piedad, a una manera distinta de vivir. Nunca podremos vivir a la perfección aquello que profesamos como cristianos, pero juntos podemos ayudarnos unos a otros en este proceso de santificación y modelación hacia la santidad de Cristo. El propósito nunca fue que transitemos solos este camino; a través de la Iglesia, tenemos una comunidad que nos apoya, nos fortalece y nos ama.

La última frase que abordaremos hoy es el **perdón de los pecados**. El Espíritu Santo está activo en el perdón del pecado original en el bautismo. Él también nos mueve continuamente al arrepentimiento, remordimiento y confesión de nuestro pecado personal. Además del perdón, Él nos fortalece cuando recibimos la presencia real de Cristo mediante el sacramento de la Santa Cena.

Esta sesión comenzó nuestro camino a un entendimiento más profundo del tercer artículo. Continuaremos explorando este artículo la próxima semana cuando conversemos sobre la Iglesia de Cristo.

## **Sesión 2 – La Confesión de fe: La Iglesia es...**

¡Bienvenidos nuevamente! Hoy continuaremos nuestra conversación sobre el tercer artículo al examinar las características de la Iglesia de Cristo, que podemos encontrar en la primera línea:

***Yo creo en el Espíritu Santo, en la Iglesia, que es una, santa, universal y apostólica...***

Creemos que Cristo nos dio la Iglesia porque nos necesitamos unos a otros para completar el cuerpo de Cristo. Nuestra nueva vida en Cristo se realiza en y con los demás. Fuimos creados por Dios para existir en comunión con Él y con los demás. Hebreos nos anima a reunirnos donde podamos experimentar la plenitud de ser un cristiano como Jesús quiso (Hebreos 10:25). Para cumplir los mandamientos de Cristo, ¡necesitamos un prójimo!

Veamos más de cerca las cuatro características mencionadas en el artículo: *una, santa, universal y apostólica*.

### **Creemos que la Iglesia es una.**

*Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también vosotros fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos (Efesios 4:4-6).*

La profesión de la Iglesia, que es una, surge de la creencia en Dios, que es uno. El trino Dios ha establecido y conservado la Iglesia a través del Padre que envió al Hijo; a través de Jesucristo, quien como cabeza del cuerpo, está unido con la congregación; y a través del Espíritu Santo, quien está activo en la Iglesia de Cristo y llena a los creyentes con el conocimiento de la verdad. Por lo tanto, la Iglesia, que es una, da testimonio de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Lo que estamos profesando aquí es toda la Iglesia de Cristo, no una denominación específica; es decir, todos los que creen en Cristo, están bautizados y están comprometidos a ser Sus discípulos. Esto proporciona una unidad ecuménica donde podemos tener respeto por otras iglesias, aun si nuestras creencias no son todas iguales. Podemos hacer nuestro mejor esfuerzo para entender nuestras diferencias, al tiempo que reconocemos lo que nos une.

Jesús describió la unidad y el amor mutuos como rasgos distintivos de quienes le pertenecen y lo siguen, e incluso los enunció en una oración a Su Padre: «[...] para que sean uno, así como nosotros somos uno» (cf. Juan 17:20-23, Juan 13:34-35).

### **Creemos que la Iglesia es santa.**

La palabra hebrea que se traduce al español como *santo*, significa *apartado, separado, sagrado*. La Iglesia de Cristo es santa mediante la actividad santificadora del sacrificio de Cristo y mediante la actividad del Espíritu Santo en la palabra y el sacramento. Esta santidad tiene su base únicamente en el trino Dios, no en los seres humanos que pertenecen a la Iglesia. El escritor de 1 Pedro describe a los fieles a Cristo como el «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a Su luz admirable» (1 Pedro 2:9). Si bien la Iglesia es una institución perfecta de Dios, se muestra imperfecta a causa de las personas que están activas en ella. Nuestra pecaminosidad individual no invalida la santidad de la Iglesia. Esta contradicción se sostiene en la doble naturaleza de la Iglesia, que corresponde a la naturaleza doble de Jesucristo, quien es Hombre verdadero y Dios verdadero. El lado invisible de la Iglesia no se puede entender por la razón, sino que puede experimentarse a través de la fe, por ejemplo, cuando sentimos la cercanía de Dios en la palabra predicada y los sacramentos. El lado visible expresa el lado humano de la Iglesia. Por lo tanto, los errores y deficiencias de nuestra naturaleza humana también están presentes en la Iglesia.

## **Creemos que la Iglesia es universal.**

El Credo o Confesión de fe, en su redacción original, identifica como *católica* a la Iglesia o, para usar otra palabra, *universal*, es decir, que existe a través del tiempo y en todo el mundo, incluyendo a las personas que profesan y creen en Jesucristo de todas procedencias, tanto los vivos como los muertos. En otras palabras, trasciende todo lo que pueda experimentarse por los seres humanos. La universalidad de la Iglesia proviene de la voluntad de Dios de salvar a toda la humanidad. Jesucristo lo reitera en Su comisión a los apóstoles «haced discípulos de todas las naciones» (Mateo 28:19), e «id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (Marcos 16:15). Todos los cristianos llamados a dar testimonio de su creencia en Jesucristo comparten esta tarea.

Efesios 2 retrata una imagen cálida de esta universalidad y también aborda nuestra siguiente palabra, *apostólica*: «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Efesios 2:19-22).

## **Creemos que la Iglesia es apostólica.**

La Iglesia de Cristo es apostólica en dos maneras: es donde la doctrina apostólica es anunciada, y es donde el ministerio apostólico está activo. Esta doctrina es el mensaje de la vida, muerte, resurrección y retorno de Jesucristo, según la enseñanza de los primeros apóstoles, atestiguada en el Nuevo Testamento y creída por los primeros cristianos (Hechos 2:42). El ministerio de apóstol es el ministerio dado por Cristo y conducido por el Espíritu Santo, con la responsabilidad de predicar el Evangelio, administrar los sacramentos y anunciar el perdón de los pecados. Creemos que el ministerio de apóstol fue dado por Jesús para la Iglesia de Cristo. Conversaremos sobre nuestras creencias acerca del ministerio con mayor detalle cuando conversemos sobre los artículos 4 y 5.

La Iglesia visible nunca será capaz de cumplir los requisitos de ser una, santa, universal y apostólica debido a la pecaminosidad de los seres humanos que están activos en ella, entre otras cosas. Pero es fundamental para nuestro discipulado en Cristo y es un elemento central de nuestra fe cristiana.

Acompáñanos la próxima semana para concluir nuestra conversación sobre el tercer artículo al enfocarnos en las últimas dos frases: «la resurrección de los muertos» y «la vida eterna».

## **Sesión 3 – La Confesión de fe: El más allá**

En esta sesión, continuaremos examinando el tercer artículo de fe, concentrando nuestra conversación en las últimas dos frases: «la resurrección de los muertos» y «la vida eterna».

La resurrección de los muertos y la vida eterna son convicciones fundamentales de la fe cristiana. Las referencias a la vida después de la muerte se encuentran tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento, por ejemplo, 1 Corintios 15. Ahí leemos que, si los cristianos esperan en Cristo para esta vida solamente, entonces son, de todos los hombres, «los más dignos de lástima» (1 Corintios 15:19). En efecto, como dijo el Apóstol Mayor Schneider en un Servicio transmitido en línea en los EE.UU. el año pasado, la fe cristiana «tiene todo que ver con la vida eterna».

Dios creó a los humanos como seres físicos y espirituales a Su imagen, como leemos en Génesis 1:27. Por lo tanto, Dios creó a los humanos para ser inmortales. Dios también les dio a los humanos un libre albedrío, pero su mal ejercicio del mismo resultó en la caída en el pecado y, como resultado, en la separación de Dios. La Escritura enseña que el pecado lleva a la muerte: «Porque la paga del pecado es muerte [...]» (Romanos

6:23). En la muerte física, el cuerpo se separa del alma y del espíritu. El cuerpo regresa a la tierra, sin embargo, el alma y el espíritu permanecen vivos —con su personalidad intacta— y entran al «más allá»; un lugar que está «más allá» del mundo material y «más allá» del alcance de nosotros en la tierra.

Los seres humanos entran al más allá en el mismo estado espiritual con la misma proximidad a Dios que tuvieron en la tierra. Su estado espiritual depende de cómo vivieron su vida en relación con la voluntad de Dios. La muerte no transforma a un no creyente en un creyente, o viceversa. Quienes «viven en Cristo» en la tierra, se vuelven parte de los «muertos en Cristo». Las Escrituras sugieren además que quienes estaban «viviendo en Cristo» en la tierra no retrocederán en su relación con Dios en el más allá (Catecismo INA 9.5).

A menudo describimos que los muertos están en el ámbito de los difuntos. En el pasado, estábamos inclinados a encasillar a las personas a ámbitos específicos, dependiendo de lo que hicieron en la vida. Aquellos que asesinaban iban al ámbito de los asesinos, y quienes mentían iban al ámbito de los mentirosos. Sin embargo, dada la complejidad de los seres humanos, no es lógico designarlos a un grupo específico. **Hoy, entendemos a la palabra «ámbito» como una descripción de la cercanía o la lejanía de una persona con respecto a Dios.**

Para los primeros cristianos, la muerte física fue causa de gran preocupación. Ellos vivían en la esperanza del inminente retorno de Jesucristo, y estaban afligidos por la situación de los hermanos cristianos que murieron antes del retorno de Cristo. Ellos fueron consolados por las palabras de 1 Tesalonicenses 4:13-18, y nosotros también podemos serlo. Estos versículos serán el foco de parte de su conversación.

En la tierra y en el más allá, hasta que Dios sea todo en todos, buscamos acercarnos a Dios y ser más como Su Hijo. Por lo tanto, los vivos y muertos en Cristo buscan continuamente una relación más estrecha con Él, y se esfuerzan por ser más como Él. Buscan aumentar su fe al escuchar la palabra de Dios y recibir fortaleza y comunión con Cristo en el sacramento de la Santa Cena. Es nuestra convicción que los «muertos en Cristo» pueden experimentar los Servicios Divinos con los vivos. Ellos pueden escuchar el anuncio del Evangelio y la absolución, y pueden participar del sacramento de la Santa Cena. En cada domingo y en las festividades religiosas, el Apóstol Mayor y los apóstoles designados celebran la Santa Cena para los difuntos. De esta manera, permanecen en comunión con Dios y con sus hermanos creyentes.

Pero, ¿y qué hay de los «otros»? aquellos que entraron al más allá sin ser redimidos, que no conocen o creen en Jesucristo, o que no han recibido los sacramentos de salvación. Dios es amor, y la voluntad de Dios es que toda la humanidad sea salva. Su voluntad universal de salvar no termina en el sepulcro, ya que Dios es el Dios tanto de los vivos como de los muertos. Jesucristo venció a la muerte y al sepulcro; Él tiene las llaves de la muerte y del Hades (cf. Apocalipsis 1:18). 1 Pedro enseña que Jesús entró al ámbito de los difuntos y predicó a los «espíritus encarcelados», y que el Evangelio les fue predicado a quienes estaban muertos (1 Pedro 3:19).

En Su amor por la humanidad, Dios continúa tendiendo Su mano a las almas no redimidas en el ámbito de los difuntos, para que puedan llegar a la salvación. ¿Qué deben hacer los no redimidos? **Deben hacer lo mismo que los no redimidos en la tierra**, y lo mismo que quienes son parte de los vivos y muertos en Cristo: creer en Jesucristo, recibir los sacramentos, ser humildes y arrepentirse, adherirse al Evangelio y perdurar hasta el final. Para que esto sea posible, los difuntos pueden participar en cada Servicio Divino. En los Servicios para los difuntos, pueden recibir los sacramentos según deseen y estén preparados para recibirlos: una práctica que tiene su base en 1 Corintios 15:29.

En respuesta al amor de Dios por ellos, los vivos y los muertos en Cristo son inspirados a desear la salvación para su prójimo tanto como la desean para sí mismos. Si amamos de la manera en que Dios ama —lo que sí podemos hacer dado que el amor de Dios fue derramado en nuestros corazones a través del Espíritu Santo—, entonces, nuestro deseo por la salvación de los físicamente muertos se manifestará en nuestras oraciones sinceras por ellos.

El próximo mes, daremos un salto al artículo siete para conversar sobre la Santa Cena junto con la Semana Santa.